

CAPITULO II

ANTECEDENTES DE LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL LITORAL MARITIMO BONAERENSE

II.1-INTRODUCCION

A pesar de que los trabajos arqueológicos en la costa del Area Interserrana bonaerense tienen una larga trayectoria (Ameghino 1910 a; Bórmida 1969; Conlazo 1983; de Aparicio 1932; Loponte y Acosta 1986; Outes 1909; Politis 1984 a; Torres y Ameghino 1913 a, b; entre otros), estos se desarrollaron en pulsos discontinuos con diferentes grados de intensidad. Los primeros estudios estuvieron principalmente dirigidos a comprender aspectos tecnológicos y cronológicos del registro material (Ameghino 1910 a, b; de Aparicio 1932; Holmes 1912; Hrdlicka 1912; Outes 1909; Vignati 1939), dejando de lado otros temas económicos, sociales e ideacionales ligados a las poblaciones del pasado. En las últimas décadas las investigaciones pampeanas se focalizaron en la llanura y en las sierras donde las posibilidades de hallar sitios en posición estratigráfica son mayores, abordando el litoral marítimo solo en forma complementaria a sus problemas arqueológicos.

Un examen detallado y exhaustivo de las investigaciones efectuadas en la primera mitad del siglo XX ha sido realizado por Daino (1979). Este autor destaca los sucesos más significativos del desarrollo de la arqueología en el litoral marítimo bonaerense, los hallazgos de mayor importancia, los principales debates, los protagonistas de más activa participación (véase también Menghín 1957), el Acta de 1914, las intervenciones de Parodi, la reunión de Tucumán de 1916 y la polémica de 1924. Otros textos sustanciales que también constituyen antecedentes relevantes para el presente trabajo son los de Holmes (1912) de Aparicio (1932) y Politis (1984 a). Estos autores analizaron las características generales de las ocupaciones humanas del sector bajo estudio, sobre la base de nuevos datos aportados y la información arqueológica producida hasta el momento en que escribieron sus trabajos. Las contribuciones brindadas por estas y otras investigaciones realizadas en la costa atlántica son discutidas a lo largo de esta tesis doctoral.

En el presente capítulo se presentan los antecedentes de los estudios arqueológicos en el litoral marítimo pampeano, a los efectos de determinar el estado de las investigaciones al

comienzo de este trabajo. En los párrafos subsiguientes se articulan, mediante un recorrido cronológico, los distintos enfoques, las preguntas centrales, las diferentes interpretaciones y los conceptos analíticos utilizados para abordar el registro material. Para ello se describe la evidencia arqueológica, enfatizando en los artefactos líticos y los lugares donde fueron hallados los conjuntos. Además, se incluyen algunos aspectos referidos al marco científico en el que se desarrollaron estos estudios. Cabe aclarar que los subtítulos empleados para organizar la información de este apartado poseen fines prácticos para sistematizar la lectura, lo cual no implica que se considere que el desarrollo histórico de las investigaciones haya ocurrido en etapas separadas con visiones únicas y sin comunicación entre sí.

II.2-PRIMEROS PROBLEMAS ARQUEOLOGICOS Y LA ALTA ANTIGÜEDAD DE LOS MATERIALES EN LA COSTA ATLANTICA

Es a partir de los trabajos de Florentino Ameghino, realizados a fines del siglo XIX y principios del XX, que la costa comienza a ser una zona de interés arqueológico relacionado con la antigüedad de la ocupación humana. Las discusiones respecto a este tema se centraron en diferentes tipos de evidencias: los restos óseos humanos, las "escorias" y "tierras cocidas" y la cultura material (instrumentos de hueso y artefactos líticos). Ameghino (1880), cuyo enfoque teórico se enmarcó dentro del evolucionismo de fines del siglo XIX y de las ideas de progreso tecnológico de la prehistoria francesa, sostuvo la coexistencia de las poblaciones humanas con los grandes mamíferos extinguidos en la Región Pampeana. En el caso particular de las "tierras cocidas", fueron consideradas por este autor como fogones. Su hallazgo en depósitos geológicos tempranos en los acantilados al sudoeste de Mar del Plata probaba la gran profundidad temporal del poblamiento pampeano (Pasquali y Tonni 1999).

En la primera década del siglo XX, Ameghino dio a conocer una serie de artefactos líticos recuperados próximos a una coraza de Gliptodonte, en las antiguas capas eolomarinas (transgresión marina Interensenadense) de Punta Porvenir (partido de Gral. Pueyrredón) (Ameghino 1909). Junto a estos objetos halló elementos óseos con fracturas longitudinales que fueron interpretadas como de origen antrópico. Con el material lítico definió la "industria de la piedra hendida" caracterizada por la utilización de la técnica bipolar para la talla de los rodados costeros. Estos rodados eran empleados para la manufactura de un instrumento multifuncional singular de esta industria, denominado *hachette-coin* o "hachitacuña" (Ameghino 1910 a: 195). A su vez, sostuvo que debido a su similar posición estratigráfica, la "piedra hendida" se asociaba a los restos óseos de una nueva especie del género humano que

habitaba la costa: *Homo pampaeus*¹ (Ameghino 1910 a, c) (Figura II.1). De manera que, las características físicas de estos huesos humanos y las particularidades de los materiales líticos fueron empleadas como evidencia para distinguir grupos humanos propios de la zona litoral.

Figura II.1: "Industria de la piedra hendida" y calota de *Homo pampaeus* de Necochea



Debido al contexto geológico y faunístico, a la morfología "tosca" de los artefactos y a la simplicidad del desconocido procedimiento de talla empleado, Ameghino (1909: 398) planteó que esta industria era muy temprana, asignándola al Plioceno medio. Distintos criterios como el estado de alteración, la morfología de los materiales y la aparente asociación con megaherbívoros extintos en estratos antiguos, fueron señalados para sustentar la alta cronología de los contextos costeros. Parte de los entierros humanos expuestos en la zona litoral, presentaban una alta meteorización del tejido compacto y adherencias superficiales de sedimentos calcáreos característicos de la Formación Pampiano (*sensu* Fidalgo *et al.* 1973 b). Esto, sumado al alto grado de modificación de los artefactos líticos sometidos constantemente a la acción eólica y la forma poco estandarizada de los productos bipolares, contribuyó a su caracterización de las poblaciones costeras como "primitivas". La "industria de la piedra hendida" apoyaba desde una base tecnológica su hipótesis de la evolución de los homínidos hasta el *Homo sapiens* biológicamente moderno en la Región Pampeana.

¹ Es preciso aclarar que los restos óseos humanos hallados por Ameghino fueron ordenados en forma distinta a los objetos arqueológicos, usando el sistema taxonómico linneano de las ciencias naturales (Politis y Madrid 2001).

Como consecuencia de las hipótesis de Ameghino se generó un extenso período de discusiones que dieron lugar a distintas explicaciones del mismo problema, la cronología de los objetos materiales recuperados en un mismo espacio físico, la costa atlántica pampeana. Contemporáneamente, Outes (1909) realizó sus investigaciones en Punta Porvenir y los arroyos Corrientes, Chapadmalal, Las Brusquitas y El Durazno (partidos de Gral. Pueyrredón y Gral. Alvarado), así como también en el río Quequén Grande y Punta Negra (partido de Necochea). Como producto de estos trabajos halló 187 artefactos líticos, entre los que se recuperaron productos bipolares sobre rodados junto con instrumentos y lascas de cuarcita.

Desde una perspectiva contraria a la de Ameghino, Outes cuestionó la edad de la "industria de la piedra hendida" proponiendo que:

"(...) los guijarros utilizados ó trabajados, reunidos en el litoral atlántico bonaerense, sólo constituyen una facies local de cierta parte del outillage de alguno de los grupos neolíticos. Aún más me inclino á considerarlos como contemporáneos de los groseros instrumentos y armas de cuarcita, tallados casi siempre en una sola cara, que parecen caracterizar la mayor parte de las estaciones neolíticas permanentes ó temporarias más primitivas" (Outes 1909: 338-339).

Esta afirmación se basaba en que todos los conjuntos artefactuales fueron recuperados en posición superficial y, por lo tanto, serían recientes. El hallazgo de productos bipolares sobre rodados costeros asociados con artefactos de cuarcita, junto con el hecho de que las piezas en ambas materias primas poseían el mismo desarrollo de pátina, condujo a Outes a concluir que estos materiales poseían la misma edad. Así, el grado de alteración producido en la superficie de los objetos, de acuerdo al tiempo que estuvieron expuestos a las condiciones ambientales y a la intensidad con que actuaron los agentes postdeposicionales, también era utilizado por este autor para medir la cronología de los conjuntos.

Sobre la base de las evidencias señaladas en el párrafo precedente, Outes objetó la antigüedad terciaria propuesta para los restos culturales del litoral marítimo, utilizando la categoría de neolíticos derivada de la prehistoria europea. Asimismo, remarcó que los instrumentos de cuarcita eran semejantes a los de los sitios arqueológicos tardíos de la llanura pampeana. En este sentido, Outes es el primer investigador que mencionó que la diferencia entre los conjuntos arqueológicos del litoral y los del interior surge del aprovechamiento intensivo de diferentes tipos de rocas en ambas áreas, los rodados en la costa y la cuarcita en el interior. Luego, este enunciado fue retomado por los subsiguientes estudios que abordaron el registro costero.

Cuando Ameghino definió la "industria de la piedra hendida" sugirió que debía estar precedida por otra de mayor antigüedad. Durante sus investigaciones paleontológicas en las

barrancas de Monte Hermoso halló una serie de lascas y guijarros partidos de cuarcita (Ameghino 1889: 75). Posteriormente, en 1910, visitó esta localidad costera junto al antropólogo Hrdlicka y el geólogo Willis. En los alrededores de la Farola Monte Hermoso, en la capa Puelchense, recuperó un conjunto de lascas y núcleos de rodados de cuarcita procedentes del Sistema Serrano de Ventania. En el XVII Congreso Internacional de Americanistas (Buenos Aires, 1910) expresó que la mayoría de estos artefactos se habrían obtenido percutiendo fuertemente unos contra otros sin una dirección determinada, dando como resultado lascas irregulares con corteza y bordes cortantes (Ameghino 1910 b). A este conjunto lo denominó como la "industria de la piedra quebrada", cuya edad estimó en el Mioceno superior (Ameghino 1910 b y d) (Figura II.2). La cronología terciaria, sumado a la morfología del material y los procedimientos de manufactura utilizados, lo llevó a considerar a ambas industrias costeras ("piedra hendida y quebrada") como representativas de estadios evolutivos diacrónicos y de los vestigios más antiguos de la humanidad (Ameghino 1910 b). Por lo tanto, estos conjuntos artefactuales evidenciaban un remoto pasado humano y la transformación progresiva de una serie de eventos tecnológicos a través de épocas geológicas consecutivas.

Figura II.2: "Industria de la piedra quebrada"



Entre los extranjeros que reaccionaron ante las hipótesis formuladas por Ameghino se destacan los norteamericanos Hrdlicka, Holmes y Willis. Quienes coincidiendo con Outes (1909), se opusieron a la alta antigüedad propuesta. La crítica central a los estudios de Ameghino se basó en la falta de contextos estratigráficos claros. Los trabajos de estos investigadores consistieron en observaciones geológicas en el terreno, en el análisis de colecciones y de 1500 artefactos recolectados en los alrededores de Mar del Plata, Miramar, Necochea, Monte Hermoso, arroyo El Moro y la costa norpatagónica. Los objetos hallados en la costa pampeana estaban constituidos por morteros, percutores, yunques, bolas de boleadora, productos bipolares, instrumentos tallados y lascas de cuarcita.

Es importante subrayar que estos investigadores resaltaron la escasez de instrumentos terminados en los conjuntos de la costa, lo que fue utilizado como evidencia de que los contextos litorales eran en realidad talleres. Por esta razón la mayoría de sus artefactos líticos estaban constituidos por núcleos o desechos producidos durante las actividades de talla de los rodados (Holmes 1912; Hrdlicka 1912). Así, la forma "rudimentaria" de los artefactos bipolares no fue interpretada como prueba de arcaísmo, sino como el producto de una funcionalidad específica de los sitios costeros (véase discusión de las actividades realizadas en la faja de médanos en el capítulo VI).

Estos autores agruparon los materiales del litoral atlántico en dos industrias asociadas: *black*, que se correspondía con la "piedra hendida", y *white* compuesta por los artefactos de cuarcita blanca de grano fino recuperada con mayor frecuencia en las llanuras interiores (Figura II.3). Sostuvieron al igual que Outes, que la aparente diferencia entre las dos industrias solo se debía a causa de la abundante disponibilidad y utilización de rodados en la costa. Dado que todos los materiales provenían de sitios superficiales vinculados a la línea actual de costa, se consideró que los sitios pertenecían a períodos muy tardíos (Holmes 1912). A esto se le agregaba que instrumentos con tipologías similares eran recuperados en el interior en depósitos recientes, por lo cual, ambas clases de artefactos fueron consideradas sincrónicas, de no más de unos pocos siglos de antigüedad. Propusieron que las "industrias *black* y *white*" pertenecían a una misma cultura, la de las "tribus" posthispánicas de la Región Pampeana (Holmes 1912; Hrdlicka 1912; Willis 1912).

Figura II.3: Materiales líticos elaborados en rodados costeros asociados a artefactos de ortocuarcita del Grupo Sierras Bayas recuperados en la costa bonaerense



A su vez, observaron que los materiales asignados a la "industria de la piedra quebrada" se encontraban redepositados, o sea, que se habrían desprendido de formaciones geológicas superiores (Hrdlicka 1912, véase también de Aparicio 1925: 372; Frenguelli 1931 a: 9; Moreno 1888: 25; Vignati 1948: 175), ya que se los recuperó en posición superficial junto a instrumentos líticos con un mayor grado elaboración. En este sentido, se recalcó la necesidad de realizar las investigaciones en colaboración con geólogos y de considerar los procesos postdeposicionales que afectan los depósitos arqueológicos (Politis 1988).

La oposición por parte de Hrdlicka y colaboradores a las asignaciones temporales tan tempranas debe ser enmarcada en el contexto científico de estos autores. Antes de visitar la Argentina, Hrdlicka se había dedicado a refutar toda evidencia que respaldara la idea de una gran antigüedad del poblamiento americano (Willey y Sabloff 1974). Estos autores rechazaron desde un principio la existencia de un "Paleolítico Americano" semejante al propuesto en ese momento para la prehistoria del Viejo Mundo, es decir, la hipótesis que sostenía la contemporaneidad de las sociedades del pasado con la megafauna cuaternaria (Meltzer 1983). Como remarcaron Podgorny y Politis (2000), los primeros comentarios acerca de la edad reciente de los materiales pampeanos, fueron apuntados en el diario de campo por Hrdlicka a los pocos días de haber arribado al país, incluso antes de ir al campo.

Hrdlicka (1912, 1925) planteó que el ingreso de las poblaciones humanas a América se habría producido en el período postglacial por un solo grupo de origen mongoloide. Esta hipótesis se mantuvo como válida para todo el continente americano durante los veinte años siguientes a que fuera enunciada (Willey y Sabloff 1974). A partir de la publicación de *Early Man in South America* (Hrdlicka 1912), se establecían los criterios científicos de verificación en el terreno de los hallazgos arqueológicos. Allí, Hrdlicka se refiere a la necesidad de que el propio investigador efectuara la recolección *in situ* de los materiales y, por lo tanto, esta tarea no debía quedar en manos de aficionados, coleccionistas o naturalistas viajeros (Podgorny y Politis 2000).

Desde este momento quedan establecidas las tres industrias costeras en torno a las cuales van a girar las explicaciones en las investigaciones posteriores. Por un lado, los rodados costeros reducidos mediante la técnica bipolar ("industria de la piedra hendida" o "*black*"), por otro, la ortocuarcita blanca de grano fino tallada por percusión directa ("*white*") y, por último, los rodados de metacuarcita de Ventania ("piedra quebrada"). Es conveniente aclarar que estas dos últimas en muchos casos fueron utilizadas indistintamente o como sinónimos, lo cual ha generado cierta confusión en la bibliografía (Politis 1984 a).

II.3-INTERPRETACIONES ACERCA DEL HOMBRE FOSIL DE MIRAMAR

Luego de la muerte de F. Ameghino en 1911, los estudios en la costa atlántica fueron continuados por un gran número investigadores, en un ambiente de fuertes polémicas relacionadas con la cronología y la veracidad de los hallazgos. Entre los autores más importantes se destacan Carlos Ameghino (hermano de Florentino), Luis María Torres, Eric Boman, Felix Outes, Joaquín Frenguelli y Alejo M. Vignati. El análisis de este período de las investigaciones es complejo debido, entre otras causas, a las rivalidades personales entre los especialistas que trascendían el tema de debate, los intereses extracientíficos involucrados, los cambios de opinión y replanteos por parte de los investigadores que trataron el problema.

Es importante remarcar que el Museo de Historia Natural de Buenos Aires, bajo la dirección de C. Ameghino, centralizó los trabajos arqueológicos de la costa durante las décadas de 1910 y 1920². Esta situación puede ser uno de los motivos por los que existe un marcado desequilibrio entre la cantidad de publicaciones de los defensores de las propuestas

²Para ampliar este tema véase la documentación del archivo Boman en el Archivo Fotográfico/ Documental del Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti".

de F. Ameghino y los hallazgos de Miramar (Ameghino 1915, 1918; Castellanos 1923; de Carles 1918; Senet 1921, Vignati 1921, 1923 a, b; entre otros) con respecto a la mínima producción de sus retractores (Blanco 1921; Boman 1919, 1921; Bonarrelli 1918; Romero 1915, 1918). A esta controversia se le sumaban la manipulación de las ideas del Sabio con fines políticos, la oposición de la iglesia a las mismas y la presión ejercida por la prensa gráfica de la época (Bonomo 2002 a; Daino 1979; Podgorny 1997; Politis 1995).

Las expediciones al litoral marítimo fueron objeto de numerosas notas periodísticas que anunciaban los descubrimientos de la costa bonaerense como una cuestión "patriótica" que certificaba que el progreso nacional tenía raíces prehistóricas (véanse ejemplos de la relación entre arqueología y nacionalismo en distintos países en Kohl 1998). De esta forma el lector tomaba conocimiento de los descubrimientos que se efectuaban dentro de los límites políticos del territorio argentino. Paralelamente al debate académico, existió otro ámbito público de discusión a través de los medios masivos de comunicación. En estos artículos acerca del Hombre Fósil se ligaba la interpretación del pasado con los movimientos nacionalistas de ese momento (Bonomo 2002 a).

El tema del hombre terciario no estaba aislado del contexto científico mundial de la época (Politis 1988). Este problema fue abordado en forma puntual a fines del siglo XIX durante los Congresos Internacionales de Antropología y Arqueología Prehistóricas (1872, 1876, 1880, 1889) llevados a cabo en distintas ciudades de Europa. En la Argentina los estudios acerca del Hombre Fósil de Miramar generaron una abundante bibliografía y mantuvieron una importante influencia, dado que el tema siguió siendo discutido por algunos autores hasta las décadas de 1960 y 1970 (Parodi Bustos 1978; Schobinger 1961; Vignati 1963).

Cabe recalcar la trascendencia internacional que tuvieron, en un primer momento, los hallazgos arqueológicos de la costa atlántica bonaerense. Estos descubrimientos atrajeron al país a distintos investigadores del exterior. Entre ellos, además de los ya citados Hrdlicka, Holmes y Willis de Estados Unidos, se destacan Von Ihering de Brasil, Boule y Rivet de Francia, Mochi de Italia, el padre Obermaier de España, Gijón y Caamaño de Ecuador, entre otros (Bonomo 2002 a). Ellos rechazaron, desde un principio, las ideas de alta antigüedad lo cual contribuyó al descrédito de los descubrimientos de la costa bonaerense. Como consecuencia se generó cierta oposición de los investigadores locales hacia la participación de los extranjeros, en parte matizada con tintes de nacionalismo (Frenguelli y Outes 1924; véase

también Podgorny 1997). El escepticismo foráneo era interpretado como una maniobra para encubrir los datos que apoyaban el origen "argentino" de la humanidad³.

Algunos autores (Ameghino 1915, 1918; Frenguelli 1936, 1950; Frenguelli y Outes 1924; Vignati 1921, 1923 a, b, 1936-41), aceptaron la autenticidad de los nuevos hallazgos de los alrededores de la localidad de Miramar. Estos descubrimientos se produjeron a lo largo de 10 km de barrancas marinas comprendidas entre Punta Hermengo y la desembocadura del arroyo Las Brusquitas (Figura II.4). Este sector fue visitado en diferentes oportunidades por especialistas provenientes de diversas disciplinas (geólogos, paleontólogos, zoólogos y botánicos). En la discusión también participaron militares (Romero 1915, 1918) y clérigos (Blanco 1921) que reaccionaron ante las suposiciones de otros investigadores (Ameghino 1915, 1918; Castellanos 1923; de Carles 1918, entre otros) que proponían una edad terciaria para los objetos de Miramar.

Figura II.4: "Yacimiento arqueológico" Barranca Parodi en Miramar [Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP (AHFCNyM)]



Partiendo del problema de la antigüedad del hombre, como premisa fundamental de su trabajo, Torres junto a C. Ameghino (1913 a, b) recorrieron en reiteradas oportunidades las

³ En este sentido, es relevante el análisis de la prensa escrita de mediados de la década de 1910 y principios de la de 1920 (Bonomo 2002 a). Entre los artículos periodísticos se destaca la nota de P. Besson, en la que criticaba la falta de admisión de los extranjeros en los problemas científicos nacionales y planteaba que si todos los países mantuvieran esta postura "*Habría tantos [hombres fósiles] autóctonos cuantas hay naciones...*" -conjuntamente agregaba- "*Pretender contrarrestar la campaña que en contra de las hipótesis se hace en Europa, en nombre del nacionalismo argentino o contra los sabios 'extranjeros', es olvidar que las ciencias naturales son universales, y en este caso, humanas y filantrópicas.*" (El Tiempo 29/4/1913).

inmediaciones de Miramar, Mar del Sur y los alrededores de las desembocaduras de los arroyos de la Totorá, La Ballenera, de la Tigra, Chocorí, El Pescado, Nutria Mansa, La Malacara y Cristiano Muerto (partidos de Gral. Alvarado, Lobería y Tres Arroyos). En las tareas de campo fueron recuperados alrededor de 4500 artefactos líticos, entre productos bipolares, percutores, yunques, molinos, morteros, bolas de boleadora e instrumentos tallados sobre cuarcita. A partir de características como las materias primas y las técnicas de talla, ambos autores sostuvieron una separación temporal de los artefactos confeccionados en cuarcita de grano fino con los manufacturados en rodados costeros ("piedra hendida"). Asimismo, vincularon los objetos materiales con los rasgos biológicos de los seres humanos que los utilizaron. Plantearon que el empleo de la primera roca sería anterior y perteneciente a una "cultura más evolucionada" que la segunda relacionada con restos óseos humanos con características físicas más "primitivas" (i. e. *Homo pampaeus* y *Homo sinemto*) (Torres y Ameghino 1913 a, b). A su vez, en la desembocadura del arroyo La Malacara fueron localizados una serie de entierros humanos con ajuar funerario a los cuales se les asociaría la "industria de la piedra hendida" para la cual sostuvieron una edad menor a la propuesta por F. Ameghino (para una opinión diferente véase Vignati 1948: 194-95). Este sitio fue denominado el "Túmulo de Malacara", caracterizado como una estructura funeraria construida en forma artificial (Torres y Ameghino 1913 a, b; Vignati 1960) (Figura II.5).

Figura II.5: Maqueta del Túmulo de Malacara exhibida en la actualidad en la Sala de Arqueología Argentina del Museo de La Plata



En 1914, una comisión de geólogos ajenos a las investigaciones, fue enviada a Miramar por el Museo de Historia Natural de Buenos Aires y el Museo de La Plata. Con motivo de esta visita se labró un acta en la cual se certificaba la autenticidad y la posición *in situ* de los restos arqueológicos extraídos de los depósitos Chapadmalenses (Roth *et al.* 1914). Este acta revalidaba la hipótesis de la alta antigüedad de los objetos costeros, a lo que se le agregaba el aval dado por diferentes investigadores. En 1915 Roth realizó un sondeo próximo al lugar donde se hallaron los materiales mencionados en el acta. En los estratos Chapadmalenses recuperó un fragmento de bola de boleadora, instrumentos manufacturados por lascados en cuarcita, percutores, un yunque y un tiesto cerámico (Frenguelli y Outes 1924). El hecho de haber registrado alfarería en sedimentos considerados terciarios curiosamente no llamó la atención de quienes, más tarde, iban a rechazar estos descubrimientos (Menghín 1957).

Posteriormente, C. Ameghino (1915, 1918, 1919 a, b), junto con otros investigadores y aficionados del Museo de Historia Natural de Buenos Aires (Doello Jurado, Castellanos, Kraglievich, Nágera, etc.), continuó con las tareas en Miramar. Para estos trabajos, fueron enviadas nuevas comisiones de especialistas con el objeto de certificar los descubrimientos. En 1915 C. Ameghino (1915: 440) rechazó la separación cronológica de las "industrias la piedra quebrada y hendida" de F. Ameghino. Para la sincronización de las dos entidades artefactuales, sostuvo argumentos similares a los que habían empleado Outes (1909) y Hrdlicka (1912) para asociar los rodados bipolares con la cuarcita de grano fino. En sus publicaciones, dio a conocer nuevos elementos atribuidos a una edad terciaria, esto es, de alrededor de 2 millones de años antes del presente. Comunicó el hallazgo de un fémur articulado de *Toxodon* con una punta de proyectil clavada, confeccionada en cuarcita (Ameghino 1915) (Figura II.6). Esta asociación entre megafauna y un artefacto de clara manufactura antrópica era considerada una prueba definitiva de la gran antigüedad de las ocupaciones humanas en la región.

Los hallazgos de Miramar fueron presentados en la Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales realizada en Tucumán en 1916, donde se aceptó la autenticidad de los artefactos procedentes del estrato Chapadmalense presentados por C. Ameghino -entre ellos una porción de columna vertebral de un mamífero extinguido con dos puntas de proyectil clavadas- (Ameghino 1919). En este congreso se generó una extensa discusión sobre la edad de los depósitos que contenían los materiales donde, sin llegar a un acuerdo, se sugirió la intensificación de los estudios geológicos (Acta de la Sección Paleontología 1919). La falta de datos stratigráficos y cronológicos de los acantilados

marinos condujo a un alto grado de especulación con relación a la edad de los depósitos arqueológicos.

Figura II.6: Fémur de *Toxodon* con artefacto de cuarcita clavado (la flecha indica la ubicación de la pieza lítica)



En un trabajo posterior sobre los "yacimientos arqueológicos y osteológicos" (terciarios) de Miramar, C. Ameghino (1918) mencionó los hallazgos en los sedimentos Chapadmalense y Ensenadense donde se habían recuperado, entre otros, instrumentos óseos trabajados en estado fresco y fósil, alfarería, una bola, un peso para línea de pescar, etc. (Figuras II.7 y II.8). A partir de estos elementos se incrementaba la base empírica para resolver el problema del Hombre Fósil en la Argentina. En este sentido C. Ameghino (1915: 449) reafirmaba la existencia en la pampa del *Homo sapiens* con anterioridad a Europa:

"Y por otra parte, confesamos que lo que pudiéramos decir nosotros se reduciría á repetir y á aplicar al caso las mismas consideraciones y conclusiones á que ya había llegado Florentino Ameghino al explicar la aparición del hombre en Sud América y su dispersión á través del tiempo y de los continentes: esto es, que la cuna del género humano parece ser efectivamente la parte austral del continente sudamericano y que por lo menos desde la época de Chapalmalan, ó sea, en el mioceno superior, existía en este territorio el propio género Homo ya perfectamente constituido y, lo que es aún más sorprendente, con un grado de adelanto y de cultura tan sólo comparable al de los indígenas prehistóricos más recientes de la misma comarca".

Esto revelaba que el territorio argentino había sido la cuna en tiempos muy remotos de un grupo humano que habría evolucionado en forma independiente y sin contactos con otros procesos de hominización extra-americanos. Con esto se intentaba conectar la creatividad y los adelantos del hombre terciario argentino con el aparente futuro progreso del país.

Figura II.7: Punzones elaborados en hueso recuperados en los sedimentos Chapadmalenses



Figura II.8: "Industria ósea" asignada a los estratos Ensenadenses de Miramar



Salvo algunas excepciones, la totalidad de los hallazgos estudiados hasta este momento por C. Ameghino fueron efectuados por el Sr. L. Parodi. Esta persona fue encargada, por los museos de Historia Natural de Buenos Aires y de La Plata, de la vigilancia de los sitios de Miramar (Figura II.9). Parodi fue quien descubrió estos yacimientos, donde uno de los sectores fue denominado Barranca Parodi. Esta persona realizaba las tareas de detección y extracción de los objetos, así como su posterior envío a Buenos Aires donde eran depositados en las colecciones de Paleontología Humana. Las sospechas de fraude comenzaron a surgir en torno a su figura. Esto llevó a que en las publicaciones posteriores se explicitara la intervención de Parodi, ya sea en el descubrimiento o en la substracción de los

materiales, y se remarcará la participación de otros especialistas durante estas tareas (Daino 1979). En 1924 Parodi fue trasladado al museo de Buenos Aires y, coincidentemente con su alejamiento de la zona costera, los reiterados descubrimientos arqueológicos dejaron de producirse en Miramar (Tonni *et al.* 2001: 61-62).

Figura II.9: Lorenzo Parodi en las barrancas marinas de Miramar (AHFCNyM)



Contrariamente a los investigadores que defendían una antigüedad terciaria del registro de la costa, otros autores plantearon la posibilidad que los materiales fueran más recientes o que no se encontraban en posición primaria. Boman (1919) propuso una edad cuaternaria de inicios del Pleistoceno (en términos actuales alrededor de 1,8 millones de años) para los contextos de Miramar. Este investigador, al igual que Bonarelli (1918) y Romero (1918), remarcó la similitud entre los hallazgos del Chapadmalense y los artefactos más recientes de la Región Pampeana, estableciendo la improbabilidad de que las sociedades humanas se hayan mantenido "fossilizadas" o estáticas desde épocas tan tempranas.

Empleando como punto de partida el aporte de Boman (1919), el antropólogo físico francés Boule (1921), rechazó la cronología asignada a los restos óseos humanos procedentes del litoral atlántico. Sostuvo que los depósitos en que se encontraban los restos, así como las "industrias de la piedra hendida y quebrada" eran recientes. Al igual que Boman (1921), afirmó que los objetos de Miramar no estaban *in situ*, basándose en las similitudes de los mismos con los materiales modernos, como por ejemplo las bolas de boleadora (véase discusión respecto a las semejanzas en los tipos de bolas en González 1953: 222-224). Boule

recalcó la gran escasez de artefactos líticos manufacturados por percusión y la naturaleza aislada de los hallazgos de Miramar, así como también que gran cantidad de ellos podrían deberse a fracturas producidas por agentes naturales. Además, este autor sugirió la posibilidad de fraude con respecto a las piezas líticas incrustadas en el fémur y las vértebras de mamíferos extinguidos (Boule 1915, 1921; véanse, sin embargo, críticas en Frenguelli 1924). La autoridad y el prestigio internacional de Boule, convertirían sus cuestionamientos en un sólido embate para los defensores de los descubrimientos de Miramar. En esta misma línea, el ingeniero Kantor⁴ (1922: 289), objetó la intervención antrópica en lo que F. Ameghino había definido como la "industria de la piedra quebrada" y postuló que los supuestos artefactos se habían formado de manera natural por la variación de las amplitudes térmicas.

Durante sus exploraciones geológicas de la zona comprendida entre Mar del Plata y la desembocadura del arroyo La Malacara, Frenguelli (1920, 1924) describió los materiales arqueológicos ubicados en las capas Preensenadense, Prebelgranense, Prebonaerense y Aimarense. En estos trabajos, al igual que Boman (1919), asignó una edad cuaternaria temprana a los depósitos Chapadmalenses. Según esta afirmación, que no ponía en duda la posición primaria de los objetos y su asociación con la megafauna, toda la evidencia de los "prehistóricos paleolíticos" de Miramar no pertenecía al terciario. Frenguelli (1920, 1924) diferenció estos materiales, análogos a los restos tempranos de la prehistoria del Viejo Mundo, de los recuperados en superficie en la línea de médanos (morteros, yunques, instrumentos tallados y alfarería incisa) que caracterizó como modernos (Frenguelli 1924).

En 1924, Frenguelli, de Aparicio e Imbelloni realizaron un extenso viaje de campaña por la costa atlántica bonaerense encomendado por la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná. El fin de esta investigación era correlacionar las evidencias de los dos sectores polémicos de la costa, Miramar y Monte Hermoso, para esclarecer la naturaleza del registro de la zona litoral (Figuras II.10 y II.11). Recorrieron los alrededores de ambas localidades (en la primera también participó Outes), las inmediaciones de las desembocaduras de los arroyos Las Brusquitas, de la Totorá, La Malacara y Claromecó y de los ríos Quequén Salado y Sauce Grande. Como resultado de estas actividades fueron publicados varios trabajos, el primero de los cuales fue comunicado por Frenguelli y Outes (1924) en la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales. La discusión de esta presentación se prolongó por tres días, durante los que fueron debatidos problemas geológicos y arqueológicos referidos a los materiales de Miramar. En estas sesiones quedó explícito el marcado enfrentamiento entre los defensores y

⁴ Cabe agregar que M. Kantor fue uno de los signatarios del Acta de 1914.

detractores de los descubrimientos costeros con los cuales estaba asociada la figura de F. Ameghino (Podgorny 1997).

Figura II.10: Expedición de Frenguelli, de Aparicio e Imbelloni: "en viaje por la playa"
(AHFCNyM)



Figura II.11: Expedición de Frenguelli, de Aparicio e Imbelloni. Campamento entre tamariscos en las proximidades del Faro de Monte Hermoso (AHFCNyM)



El estado de las investigaciones en la costa hasta este momento queda reflejado en este debate, en el cual la división más marcada entre las diferentes posiciones estaba dada por la aceptación o el rechazo de los hallazgos de Miramar y, en segundo término, por la adscripción

temporal de los sedimentos Chapadmalenses (Bonnarelli en Frenguelli y Outes 1924). Resumiendo, pueden diferenciarse cuatro posturas defendidas:

1- La primera posición afirmaba la validez de los contextos del litoral atlántico, la asociación de los materiales con un antecesor del género humano y asignaba una edad terciaria a los depósitos Chapadmalenses. Dentro de esta corriente se encontraba un grupo de investigadores del Museo de Historia Natural de Buenos Aires entre los que se destacaban C. Ameghino (1915, 1918, 1919 a), Castellanos (1923), de Carles (1918), L. Kraglievich (Frenguelli y Outes 1924) y Senet (1921). Esta postura también fue apoyada por Vignati en sus primeros trabajos (1921, 1922 a, b, 1923 a), quien propuso el término "arqueotécnia", y sus subdivisiones de acuerdo a las materias primas empleadas (p. ej. "litotecnia" u "osteotécnia"), para la agrupación de las industrias terciarias. Esta primera posición fue la más duramente criticada, razón por la cual fue abandonada, salvo algunas excepciones como el caso de los investigadores ameghinianos Castellanos y Rusconi que mantuvieron esta perspectiva aún con diferentes líneas de evidencia negativas y la mayoría de la comunidad científica en desacuerdo.

2- La segunda posición sostenía que los materiales presentaban semejanzas con los artefactos musterienses del paleolítico medio europeo y también que estaban *in situ*, pero que los estratos Chapadmalenses poseían una edad cuaternaria (Pleistoceno temprano). Esta hipótesis fue mantenida fundamentalmente por Frenguelli (1920, 1924, 1934, 1936, 1950; Frenguelli y Outes 1924) y Vignati (1935, 1936-41, 1939).

Otros investigadores rechazaron los materiales de Miramar, debido a que no presentaban diferencias con los artefactos de edades más tardías, por lo cual dedujeron que las piezas no estaban en posición primaria. A esto se le agregaba que en la barrancas costeras también se hallaban instrumentos manufacturados por abrasión y pulido, principalmente bolas de boleadora, cuya técnica de elaboración era asociada al neolítico europeo. Con relación a este tópico, Frenguelli escribe que:

"el parecido del instrumental lítico de los más antiguos paleolíticos argentinos con el instrumental lítico de los indígenas americanos de la época de la Conquista (...) presuponía un inadmisibile estancamiento local de la industria y de la técnica, desde la aurora de la Humanidad hasta nuestros días" (1927: 11).

En este sentido, las críticas a los contextos costeros transitaron dos rumbos principales que caracterizaron a la tercera y cuarta posición:

3- La tercera postura consideraba que los depósitos poseían una edad terciaria y que los materiales arqueológicos se habían desprendido de sedimentos superiores de menor

cronología, generando una mezcla de objetos recientes con restos faunísticos del terciario. Dicho de otra manera, se señalaba que los artefactos se depositaron luego de la formación del piso geológico que los contenía. Esta posibilidad fue sostenida por primera vez por el coronel Romero (1915: 14; 1918). También fue apoyada por Boman (1919, 1921), Outes, en un primer momento (La Razón 11/5/1916), Kantor (Kantor en Frenguelli y Outes 1924) y Boule (1915) (véanse apreciaciones en contra de estos argumentos en Vignati 1921, entre otros). Es interesante subrayar que la mayoría de los investigadores que viajaron a la localidad de Miramar y participaron en las tareas de extracción de los restos se opusieron a esta crítica.

4- La cuarta variante dirigía sus sospechas a Parodi. Se sostuvo su intervención en falsificaciones y fraudes, se conjeturaba que esta persona había enterrado los objetos en las barrancas marinas, relacionando en forma artificial materiales tardíos con elementos óseos antiguos. El padre Blanco, al visitar el sector de los descubrimientos junto con Parodi, confirmó la desconfianza que había sobre lo que ocurría en Miramar. Así, afirmaba que la persona que contrataba los servicios de Parodi para recorrer los acantilados "*era tan feliz que hacía hallazgos arqueológicos*" (Blanco 1921: 35). También, sostuvieron estas críticas Bonnarrelli (1918; véase Bonnarrelli en Frenguelli y Outes 1924), Boman (1921) y Boule (1921) quienes, a su vez, consideraban algunos objetos como pseudoartefactos de origen natural.

Después de este momento, las diferentes posiciones permanecieron divididas sin llegar a un acuerdo. Conforme fue transcurriendo el tiempo disminuyeron los estudios en esta zona donde, llamativamente, no se llevó a cabo ningún tipo de excavación arqueológica, ni se siguió cuestionando la autenticidad de los restos. Luego, Vignati, Frenguelli, Rusconi y Castellanos fueron prácticamente los únicos que siguieron defendiendo las asociaciones de Miramar. El peso de este debate y las controversias vinculadas a la veracidad de los hallazgos marcaría el desarrollo posterior de las investigaciones en la costa bonaerense.

Dentro de este contexto científico, posteriormente, de Aparicio (1925, 1932) e Imbelloni (1928) presentaron los resultados de las tareas de campo efectuadas junto a Frenguelli. De Aparicio (1925, 1932) realizó un interesante y completo estudio sobre los sitios en posición superficial de la faja de médanos. Los materiales recuperados consistieron en yunques, percutores, morteros, alisadores, bolas de boleadora e instrumentos unifaciales de cuarcita (p. ej. raspadores, cuchillos, etc.), así como también escasos fragmentos de alfarería y restos faunísticos. Sostuvo que todos los conjuntos superficiales correspondían a "industrias neolíticas". Además, abordó el tema de las distintas técnicas de talla empleadas en la manufactura de artefactos líticos.

De Aparicio coincidió con las opiniones de Outes (1909), Holmes (1912) y Hrdlicka (1912), planteando que los conjuntos de la "piedra hendida" y la "piedra tallada" ("*white*") solo eran diferentes por la materia prima y por la técnica de reducción empleada. Esto se basaba en que en los sitios litorales se registraban productos bipolares manufacturados sobre rodados, asociados a artefactos de cuarcita de grano fino, e instrumentos semejantes a los de los depósitos arqueológicos de las llanuras interiores. La apariencia "primitiva" de los conjuntos costeros se debía a la mala calidad de las rocas disponibles en el litoral, la baja frecuencia de instrumentos terminados y la escasez de cerámica (de Aparicio 1932). Luego, Vignati (1936-41) agregó que las diferencias entre ambas entidades además se debían a los instrumentos con mayor elaboración que pueden ser confeccionados en cuarcita. De todas maneras, mantuvo la hipótesis de que los artefactos unifaciales de cuarcita eran posteriores a los de la "piedra hendida" (Vignati 1960: 110).

El antropólogo Imbelloni (1928), cuyo enfoque teórico se enmarca dentro de la corriente Histórico Cultural de Viena (véase abajo), también sostuvo que la ocupación de la costa era reciente, pero no sin coincidir con las edades posteriores a la conquista hispánica establecidas por Hrdlicka y colaboradores (1912). Postuló que la "industria de la piedra quebrada" estaba constituida por desechos de talleres donde, excepcionalmente, podían hallarse instrumentos líticos finalizados. Los artefactos de la "piedra hendida", también fueron caracterizados por Imbelloni como subproductos de talla con una morfología distintiva por las particularidades de los rodados. Además, volvió a separar temporalmente ambas industrias y atribuyó a esta última una antigüedad superior (Imbelloni 1928).

Asimismo, el geólogo Frenguelli (1927, 1931 b, 1934, 1935, 1936, 1950) continuó con los trabajos en la costa, recorriendo los arroyos Las Brusquitas, del Durazno y La Malacara, el río Quequén Salado y los alrededores de Miramar, Mar del Sur y Mar del Plata. Del mismo modo que después lo hiciera Vignati (1939), mantuvo la idea de que las edades apuntadas F. Ameghino debían restringirse a los inicios del cuaternario. Ambos autores dividieron las ocupaciones de la costa en distintos períodos geológicos combinando criterios culturales, estratigráficos y cronológicos. Cabe agregar que, durante este momento, si bien los debates acerca del Hombre Fósil prácticamente habían desaparecido, este problema fue considerado como tema oficial en la sesión plenaria del XXV Congreso Internacional de Americanistas realizado en La Plata y Buenos Aires en 1932.

Alejado de sus primeros escritos en defensa del hombre terciario y con ideas vinculadas a la escuela Histórico Cultural, Vignati (1935, 1939) realizó una síntesis de sus trabajos anteriores, pero asignándoles una cronología cuaternaria. Propuso que la historia

ocupacional del litoral bonaerense se habría desarrollado por diferentes grupos étnicos en cuatro etapas progresivas y lineales. Estas etapas coincidían con las unidades estratigráficas Chapadmalense, Ensenadense y Lujanense de Frenguelli (1934, 1936) y un último período relativo a los tiempos precolombinos. Los restos humanos de cada período representaban para Vignati distintas "razas", es decir, poblaciones con características físicas singulares a las cuales se les asociaban determinados objetos materiales. Este autor afirmó la existencia de cambios culturales significativos reflejados en la utilización de las materias primas (lítico, óseo, moluscos marinos), en las diferentes técnicas de manufactura (talla, picado, pulido), así como también en la aparición y desaparición de instrumentos diagnósticos a lo largo del tiempo.

La primera "raza prehistórica" fue relacionada con los depósitos Chapadmalenses de Miramar y Monte Hermoso, cuya industria incluía rodados tallados por medio de la técnica bipolar, instrumentos en su mayoría confeccionados en cuarcita y en menor proporción material óseo trabajado. Sostuvo que el conjunto lítico presentaba un carácter "primitivo", aunque también se registraban bolas de boleadoras (véase Vignati 1923 a). Entre los restos humanos asociados se encontraban dos molares recuperados en Miramar pertenecientes al *Homo neogaeus* (Vignati 1921, 1922 c, 1936-41) y el atlas de Monte Hermoso (Lehmann-Nitsche 1907).

La segunda "raza", estaba vinculada con el estrato Ensenadense de Punta Hermengo. Las materias primas con que se manufacturaron los utensilios eran principalmente huesos en estado fresco y fósil -modificados por tallado y pulido-, material dentario, valvas de moluscos marinos y algunas rocas, como la cuarcita (Vignati 1925). Las piezas recuperadas estaban constituidas por cuchillos, punzones, adornos, puntas de proyectil, pesas para redes, anzuelos, bolas [asociación que C. Ameghino (1918) había denominado como "industria osteolítica"]. Este conjunto artefactual fue relacionado con el musteriense y denominado por Vignati (1923 b, 1936-41) "industria Miramarensis". En esta etapa, Vignati distinguía grupos exclusivos de la costa con una economía basada en la caza y la pesca:

"Se trata de un instrumental que responde a las costumbres de un pueblo que (...) vivió aislado en el desierto de la costa, obligado a una vida precaria a expensas de los productos que el mar y la caza mayor podrían proporcionarle." (Vignati 1925: 57).

Según Vignati, la tercera "raza" había vivido en la costa durante la depositación de los estratos Lujanenses, a los que se les asociaría una "industria ósea" caracterizada por anzuelos, además de cuentas de collar confeccionadas sobre moluscos (Vignati 1922 a). Este grupo cultural se habría dedicado a la pesca cuando se encontraba en la costa. A diferencia de la

etapa anterior, este autor establecía vínculos entre los conjuntos artefactuales recuperados en las llanuras y en el litoral en el Lujanense. A este período corresponderían los restos óseos humanos del *Homo pampaeus* recuperados en las proximidades de Necochea (Ameghino 1911). En cuanto al período precolombino, agrupaba los entierros humanos hallados en los arroyos de la Tigra, Chocorí y El Moro (Ameghino 1910 a, 1911; Lehmann-Nitsche 1907).

Posteriormente, Vignati (1963) reconoció la posibilidad que los objetos de Miramar no estuvieran *in situ*, ya sea por la acción de agentes naturales o, en algunos casos, por fraude. Además, remarcó la heterogeneidad de las asociaciones culturales y señaló la imposibilidad de diferenciar una "facie industrial" a partir de estos artefactos. Esto se debía a que algunos de los objetos indicaban una "vida litoral", mientras que otros eran característicos de "etnos mediterráneos" de las llanuras (Vignati 1963: 73).

Entre las evidencias "conflictivas" (Boman 1921; Bonomo 2002 a; Boule 1921; Menghín 1957; Orquera 1981; Schobinger 1961; Vignati 1963) que llevaron a reinterpretar o a excluir de la reconstrucción del pasado pampeano a la mayoría de la información generada hasta este momento en la costa bonaerense, se destacan:

- La ausencia de estudios sistemáticos. La mayoría de la evidencia estaba constituida por hallazgos aislados efectuados por individuos sin formación científica o de otras disciplinas, quitando la posibilidad de verificar su contexto de asociación artefactual. En varios casos, a esto se le sumaba el tiempo transcurrido entre la extracción de los restos y su posterior estudio.
- La gran mayoría de los materiales procedían de un único sector de la costa (las barrancas marinas de Miramar).
- La escasez de registros gráficos de los descubrimientos, de acuerdo a las exigencias científicas de la época (fotografías y mapas de los lugares puntuales de los hallazgos, perfiles estratigráficos, etc.).
- La falta de un conocimiento preciso de los depósitos sedimentarios del litoral.
- La utilización del estado de deterioro de los restos óseos y la morfología irregular de los artefactos para estimar cronologías tempranas.
- La asociaciones poco claras de materiales arqueológicos con restos de megamamíferos recuperados sobre estratos antiguos en las hoyadas de deflación de la línea de médanos.
- La incompatibilidad de los hallazgos tempranos junto con tiestos cerámicos.
- La asignación errónea de la función para la cual habían sido utilizadas algunas piezas.

- La identificación taxonómica incorrecta de algunos elementos. Por ejemplo, para los supuestos molares humanos procedentes del Chapadmalense de Miramar se demostró finalmente que eran premolares pertenecientes a un suido extinguido (Kraglievich 1961).
- La posibilidad de fraudes realizados por Parodi, ya sea el transporte de materiales arqueológicos de un sitio reciente a un depósito geológico más temprano (p. ej. bolas de boleadora) o el agregado de artefactos líticos a materiales en posición primaria (p. ej. fémur y vértebras de megamamíferos).
- Parte de los artefactos fueron elaborados en materias primas muy excepcionalmente utilizadas en la Región Pampeana, como hueso en estado fósil y tosca calcárea.

A esto se le agrega el aspecto dudoso de algunos objetos presentados como producto antrópico (véase Ameghino 1918: láminas I, II) y que durante los trabajos paleontológicos y geológicos que se realizaron posteriormente en las barrancas de Miramar, salvo alguna excepción en la década de 1930 (véase Frenguelli 1950), no fueron hallados materiales correlacionables con la actividad humana. Las objeciones antes apuntadas condujeron a que algunos autores (como Kantor, Bonarelli, Vignati y el botánico L. Parodi) se retractaran luego de haber participado en los estudios de la costa. Sin embargo, no deja de llamar la atención que gran número de investigadores mantuvieran la hipótesis de la posición primaria de los descubrimientos efectuados en el litoral.

Estas evidencias ambiguas, sumadas a la falta de sitios en estratigrafía tuvo como consecuencia que las tareas se centraran en la recolección de numerosos conjuntos superficiales para los cuales se estimaba una cronología tardía. Luego de este controvertido período, las investigaciones arqueológicas dejaron de ser efectuadas por personas pertenecientes a disciplinas como la geología y la paleontología. A partir de la diferenciación académica de campos de conocimiento específicos, éstas fueron realizadas por arqueólogos, profesionales de la historia o las ciencias naturales especializados en arqueología.

II.4-LAS "INDUSTRIAS" COSTERAS DESDE LA PERSPECTIVA HISTORICO CULTURAL

El arqueólogo Willey (1946) en su trabajo bibliográfico de síntesis regional, realizó una sistematización geográfica de la variación del registro arqueológico pampeano basada en la aplicación de esquemas clasificatorios derivados del marco Histórico Cultural norteamericano (Politis y Madrid 2001). Este autor extendió a la Región Pampeana (excepto la Sub-área Querandí; Willey 1946: Map 3) las particularidades de las colecciones

recuperadas en un único sector de la costa bonaerense: la Península de San Blas. De esta forma describió la arqueología de la pampa, fundamentalmente, sobre la base de elementos propios de la Región Norpatagónica, como puntas pedunculadas, placas grabadas, botones labiales y numerosos tiestos cerámicos con motivos incisos compuestos (Politis 1984 a). A su vez, mencionó el problema de las características tecnológicas y de la antigüedad de los artefactos líticos recuperados en la costa entre Mar del Plata y Bahía Blanca, sin tomar una postura definida (Howard y Willey 1948: 34).

Asimismo, en otro trabajo de síntesis, Palavecino (1948) utilizó el concepto de "áreas culturales" derivado de la etnología norteamericana para sistematizar la distribución a lo largo del espacio de los restos arqueológicos que caracterizaban grupos humanos similares y contiguos. Este autor definió dentro de la Región Pampeana el "área atlántica meridional" caracterizada por tres clases de materias primas talladas con técnicas distintas en un mismo ambiente natural: la bipolar para los rodados; la unifacial para la cuarcita y la bifacial para la sílice alóctona. Palavecino señaló que la adscripción de estos materiales a un mismo nivel cultural acarrea ciertos inconvenientes que no podían ser resueltos con la información disponible hasta ese momento.

Luego de la segunda Guerra Mundial, llegaron al país el prehistoriador Menghín y el profesor Bórmida, representantes de la escuela Histórico Cultural de Viena. Esta corriente de corte difusionista dominará la arqueología pampeana hasta la década de 1970 y hará sentir su peso incluso en los '80 (Politis 1988, 1995). Estos autores reactivaron las investigaciones en Pampa y Patagonia y realizaron aportes técnico-metodológicos (p. ej. excavaciones estratigráficas) en el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras que ocuparon estas regiones. Tanto Menghín como Bórmida, aplicaron la categoría de "cultura arqueológica" de Kossina, que establecía relaciones directas entre los artefactos y entidades étnicas geográfica y temporalmente delimitadas (véase Trigger 1992 y Veit 1989). Para ambos autores las industrias eran sinónimos de culturas (p. ej. "Cultura del Hueso Protolítica") que representaban seres humanos habitando lugares diferentes.

Desde este momento, las discusiones sobre la cronología de los hallazgos costeros dejaron de ser un tema de debate. A partir fundamentalmente de la morfología repetida de los instrumentos, así como de las materias primas y técnicas de talla empleadas, fueron definidas distintas industrias costeras. Para Menghín y Bórmida las industrias integraban "círculos" o "reinos culturales" -*Kulturkreise*- definidos para la prehistoria europea. En América estos "círculos" reflejaban el desarrollo cultural de un área marginal, genéticamente emparentada con los de edad más temprana utilizados para abordar el pasado en el Viejo Mundo. Los

"círculos culturales" caracterizaban a grupos de individuos con una economía y una dieta determinada, una tecnología propia y un nivel de complejidad cultural distintivo. A esto se le agregaba, por analogía con grupos etnográficos, una estructura social estipulada, una organización política y creencias religiosas concretas (véase Menghín 1949). En síntesis, las propiedades físicas impuestas por el medio natural y el registro de rasgos singulares en la cultura material, como las clases de rocas, los tipos de instrumentos y los procedimientos de manufactura, fueron utilizados para cristalizar modos de vida particulares previamente definidos.

En su trabajo "El Protolítico en América", publicado en *Acta Praehistórica*, Menghín (1957 a) sincronizó a la "industria de la piedra hendida" y los artefactos de cuarcita en un postglacial medio y tardío; para esta asociación propuso la denominación de "industria Malacarense". Adaptando los conceptos de la prehistoria del viejo mundo al continente americano, atribuyó la morfología de los materiales de este conjunto a un "epipaleolítico de tradición protolítica" (i. e. "Paleolítico inferior atrasado"). Así, las tradiciones se referían a una continuidad cultural basada en aspectos económicos homogéneos y normas cognitivas compartidas (véase Menghín 1963). Estas industrias pertenecían a grupos de cazadores-recolectores "no especializados" o "inferiores", dado que carecerían de puntas de proyectil líticas. A su vez, mantuvo el empleo del término "Miramarense" para la "industria ósea" definida por Vignati (1936-41). En 1963 también señaló afinidades entre los restos materiales de la costa bonaerense y los recuperados en Norpatagonia, basado en la materia prima explotada en forma de rodados.

Durante la década de 1960, Bórmida (1962, 1964, 1969) realizó investigaciones arqueológicas en la costa norpatagónica. En base a los restos superficiales recolectados, a experimentación con material lítico y al análisis tipológico del instrumental, definió diferentes industrias confinadas al ámbito litoral. Las edades de las diferentes industrias costeras y sus "facies" temporales fueron calculadas principalmente en relación a su localización topográfica. Es decir, se establecieron de acuerdo a su asociación altimétrica en relación al nivel del mar actual, con respecto a la geocronología asignada a las distintas cotas de los sistemas de terrazas marinas patagónicas. Además, puesto que el material provenía de sitios de superficie donde podían estar asociados objetos descartados a lo largo de distintas ocupaciones, utilizó para su diferenciación el método de "recolección por pequeñas áreas" de Menghín sobre la base de asociaciones técnico-tipológicas recurrentes y con frecuencias constantes (Bórmida 1964).

Cada conjunto instrumental distinto era caracterizado como una industria costera homogénea, con un nombre particular, que representaba la expansión regional de distintas oleadas migratorias de pueblos enteros (culturas) que a lo largo del tiempo entraban en contacto y competían con otras sociedades de cazadores pedestres del interior más tardías con una tecnología más desarrollada ("tradición epimiolítica"). Por lo cual, podían fusionarse o, progresivamente, influenciar a los grupos locales portadores de una cultura material menos evolucionada ("epiprotolíticos"), incorporando distintos elementos alóctonos a su acervo ergológico (Bórmida 1964). Por lo tanto, el cambio en la frecuencia de los tipos de instrumentos líticos, las técnicas de manufactura y la aparición de elementos como la alfarería o los "neolitos", eran asumidos como influencias externas introducidas mediante mecanismos de difusión que iban a caracterizar distintos períodos de una misma entidad cultural.

Bórmida (1962, 1964, 1969) caracterizó, entre otras industrias, el "Puntarrubiense" y el "Jabaliense", siendo la roca predominante en ambas los rodados de basalto, diferenciándolas de acuerdo a los procedimientos seleccionados para la reducción de los artefactos y a la presencia de tipos idiosincráticos. La "industria Puntarrubiense" estaba constituida por instrumentos (mayoritariamente raederas simples y múltiples) obtenidos principalmente por la aplicación de la técnica de talla y retoque bipolar; con "facies" recientes que incluían instrumentos de molienda, microlitos y alfarería. Debido a su asociación con acumulaciones artificiales de valvas marinas que conformaban concheros "chatos" o "huecos", este conjunto caracterizaba a un grupo humano asentado en la costa con una economía litoral focalizada en la explotación de moluscos marinos. Esta cultura "primitiva" especializada en el aprovechamiento de moluscos, se extendía por todo el litoral comprendido entre la desembocadura del Río Negro y Mar del Plata. Su desarrollo temporal abarcaría desde los 2.000 años a.C. hasta el período hispano-indígena, considerándose a la "industria de la piedra hendida" de F. Ameghino una "facie" del "Puntarrubiense" (Bórmida 1964, 1969; Menghín 1963).

El "Jabaliense", definido en la Isla Jabalí (San Blas), constituía una industria sobre guijarros tallados por percusión directa, de "morfología y técnica epiprotolíticas", sin asociación con concheros ni con instrumental de molienda. Se acentuaba la casi total ausencia de técnica bipolar y la constante asociación de tipos singulares como *choppers*, *chopping tools*, bifaces y unifaces. Estos contextos correspondían a grupos culturales que explotaron recursos litorales entre el 1.500 y el 1.000 a.C. (Bórmida 1962, 1964). Considerando las diferencias y semejanzas entre estas industrias, las vinculaciones con otras manifestaciones de la costa patagónica ("Riogalleguense" y "Sanmatiense") y teniendo en cuenta la cronología asignada a

cada una, Bórmida caracterizó el marco histórico del desenvolvimiento de las culturas costeras, así sostuvo que:

"(...) el Riogalleguense 1, de antigüedad estimada en diez mil años, representa a la industria básica madre de todas ellas. El Riogalleguense (...) evolucionó en la Patagonia Septentrional de la siguiente manera: por un lado, disminuyendo el porcentaje de los artefactos sobre guijarros a expensas de los hechos sobre lascas, originó el Sanmatiense I y sus facies posteriores. Por otro lado, desarrollando la técnica bipolar, se transforma en el Puntarrubiense; finalmente, desarrollando al máximo la industria de guijarros, dio origen al Jabaliense" (1962: 54).

Estas culturas de grupos recolectores, cuyas diferencias eran explicadas por causas externas, constituían una sola unidad histórico-cultural, visto que se desarrollaron en el ambiente costero donde utilizaron los guijarros como materia prima, dentro los cuales seleccionaron preferentemente el basalto (Bórmida 1969).

Por otra parte Bórmida (1964: 95) a partir de una analogía directa con los grupos etnográficos que habitaron Tierra del Fuego (Yámana y Selk'nam), consideró a las poblaciones que ocupaban el margen de la masa continental como *"(...) la consecuencia de un arrinconamiento al que se vieron empujadas por la expansión de los grandes cazadores de estepa."* De esta forma, la situación de Tierra del Fuego reflejaba una continuidad temporal de lo observado en el registro arqueológico norpatagónico.

Cabe añadir que Bórmida (s/f) remarcó las semejanzas tipológicas y temporales entre los conjuntos artefactuales recuperados en el litoral atlántico bonaerense con la "industria Blancagrاندense". Esta entidad fue caracterizada espacial y cronológicamente como una asociación de rasgos con gran distribución regional en la Pampa Húmeda que se había desarrollado desde los 2.000 a.C. hasta la conquista hispánica. Los elementos que la definían eran la talla unifacial y el retoque por percusión directa de artefactos de cuarcita, así como la ausencia de alfarería y "neolitos" (Bórmida 1960, s/f). Además, incluyó al sector costero dentro del área de dispersión de la "industria Bolivareense", considerada como una evolución posterior y local de la "industria Blancagrاندense". En el "Bolivareense" se introducía la técnica de reducción bifacial y el retoque por presión, la confección de microlitos, un mayor empleo de la calcedonia como materia prima, la utilización de cerámica lisa e incisa y de artefactos confeccionados por abrasión y pulido (Bórmida 1960, s/f). Para Bórmida (1969: 105-106) las tradiciones del interior pampeano podrían haber influenciado a las poblaciones Puntarrubienses originarias que habitaban en la costa del Area Interserrana, quizás provocando la incorporación de la cuarcita como materia prima.

A partir del análisis morfológico de los artefactos líticos de la colección Mulazzi, Menghín había mencionado la existencia en el arroyo Claromecó (partido de Tres Arroyos), en las cercanías de la costa atlántica, de la "industria Claromequense". La misma estaba compuesta por grandes raederas, cepillos, unifaces y bifaces incompletos de cuarcita blanca de grano fino (Menghín 1957 b citado en Sanguinetti de Bórmida 1961-63). Por su parte, Sanguinetti de Bórmida (1961-63) sugirió una relación entre estos materiales aislados del "Claromequense" con el "Bolivarense", considerando al primero como una "facie litoral" del segundo. Además, planteó que la "industria Claromequense" y otras emparentadas *"deben interpretarse como influencias tipológicas de industrias de hacha de mano sobre industrias de lascas"* (Sanguinetti de Bórmida 1961-63: 92).

Desde una perspectiva Histórico Cultural, a principios de la década del '60, Austral (1965) comenzó el relevamiento de sitios arqueológicos en posición superficial ubicados en la faja de médanos del curso inferior del río Sauce Grande (partido de Coronel de Marina Leonardo Rosales). Para estas prospecciones y sondeos aplicó técnicas de muestro como la recolección de materiales por "Microáreas diferenciales" (Austral 1965, 1968). A partir del análisis de estos contextos, en los que halló artefactos de cuarcita asociados con productos bipolares, Austral (1965, 1968) identificó una "industria mixta" con base en la "Tradición Tandiliense", (en el sentido de una continuidad tecnológica y, presuntamente, cultural objetivada en la forma de los materiales líticos que se extendería desde los 5.000 a.C. hasta la conquista), influida por las industrias costeras bipolares "Puntarrubiense" y "Malacarense".

A estas influencias básicas se le añadían otras "paraneolitizantes" que dieron como resultado la disminución del tamaño de los artefactos, un aumento en la especialización - representado por puntas de proyectil triangulares-, la existencia de cerámica lisa e incisa y de objetos confeccionados por pulido. A este conjunto lo denominó "cultura Palomarense", la cual fue sincrónica con el "Bolivarense", aunque con una mayor frecuencia en el empleo de la talla bipolar y del basalto como materia prima. A causa de las similitudes tipológicas, Austral propuso que el "Palomarense" podría representar un "Bolivarense" de "facies litorales". Esta industria fue asignada al período comprendido entre el 1.400 y el 1.700 años d.C. (Austral 1965).

En un trabajo donde reunía los resultados de sus trabajos en el sur de la Región Pampeana, Austral (1968) redefinió la "industria Malacarense", emparentada con el "Puntarrubiense" y la "Tradición Tandiliense", compuesta sobre todo por artefactos tallados por medio de la técnica bipolar asociados a instrumentos unifaciales de cuarcita con retoque

marginal y ausencia de la técnica de pulido, alfarería y puntas de proyectil bifaciales. A su vez, jerarquizó al "Palomareense" en tres "facies": inicial, pleno y final. La primera estaba caracterizada por "tipos" de la "Tradición Tandiliense", más altos porcentajes de artefactos bipolares y el uso del pulido (molinos, morteros y manos). En la facie "Palomareense pleno" se agregaban nuevos rasgos, como la alfarería lisa e incisa y las puntas de proyectil bifaciales apedunculadas. En el "Palomareense final" se sumaba cerámica "araucana" y elementos de origen europeo. Asimismo, este investigador sostuvo que el hallazgo de productos bipolares en el "Bolivareense" se debía a las influencias ejercidas por los portadores de la "industria Palomareense" en los grupos del interior.

Austral, además señaló relaciones entre la costa pampeana y la norpatagónica, agrupando a las industrias costeras en una "zona litoral atlántica pampeano-patagónica" (Austral 1968). Esta relación entre ambas costas se fundamentaba en que en las dos regiones se registraba la "industria Puntarrubiense" y la técnica de reducción bipolar. Así, las tres manifestaciones culturales en la costa bonaerense eran: el "Puntarrubiense microlítico", el "Malacareense" y el "Palomareense"; mientras que en la costa patagónica estaban constituidas por: el "Jabaliense", el "Sanmatiense" y el "Puntarrubiense" (Austral 1968). Posteriormente, este autor modificó los modelos propuestos para la costa de acuerdo a la presencia o ausencia de alfarería y de determinados "tipos diagnósticos" de instrumentos líticos, estableciendo una "modalidad industrial" correspondiente a la "etapa ceramológica" que denominó "modalidad Bonaerense Sur" o "Palomareense" (Austral 1971).

Las industrias costeras "Puntarrubiense", "Jabaliense", "Sanmatiense", "Palomareense" y "Malacareense" definidas por Menghín, Bórmida y Austral en este período fueron adoptadas por parte de los investigadores que trabajaron posteriormente en la costa. En el siguiente apartado se analiza como la identificación de los rasgos característicos de cada una de ellas, guiaron algunos estudios acerca de los sitios arqueológicos de la faja de médanos del litoral pampeano.

II.5-LAS VARIABLES AMBIENTALES, LA PERSISTENCIA DE LAS "INDUSTRIAS" Y LOS ESTUDIOS ECOLOGICO-SISTEMICOS

Es a partir de los trabajos de Madrazo y un equipo de colaboradores nucleados en el Museo "Dámaso Arce" y el Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría, que se introduce una visión ecológica en la arqueología pampeana. Este grupo generó una búsqueda de alternativas teórico-metodológicas para interpretar el registro de la Región Pampeana

basándose en parámetros adaptativos y nuevas perspectivas estratigráficas desarrolladas como consecuencia de la interacción con geólogos y paleontólogos del Museo de La Plata (Politis 1988: 75).

En el año 1969, Madrazo, Nosedá, Daino y colaboradores recorrieron las inmediaciones de Centinela del Mar (partido de Gral. Alvarado). Allí detectaron materiales arqueológicos expuestos en las hoyadas de deflación de la cadena de dunas (Daino 1979). En su trabajo publicado en el año 1972, Madrazo se refiere al hallazgo efectuado por el paleontólogo E. Tonni de una raedera de cuarcita en posición estratigráfica en el Miembro Río Salado de la Formación Luján en las barrancas de Punta Hermengo. Este instrumento estaba ubicado por encima de una capa de carbonato datada en 3.395 años A.P. (Fidalgo y Tonni 1983). Además, a diferencia de Sanguinetti de Bórmida (1961-63), este autor incluyó los materiales del "Claromequense" dentro del "Blancagrandense" (Madrazo 1972). Luego, en sus dos trabajos de síntesis (Madrazo 1973, 1979) propuso un modelo adaptativo y diferenció los sitios de la costa sur bonaerense y los del interior de la Región Pampeana, sobre la base de los tipos de materias primas utilizadas y la ausencia de cerámica en los primeros. Con estos elementos definió el "Aspecto Pampeano Costero" (Madrazo 1973, 1979) que en esencia no diferiría del "Palomarense" de Austral, solo que esta última industria se relacionaría más específicamente con el Sistema Serrano de Ventania.

Por su parte, Caggiano y Fernández (1974) realizaron un estudio tipológico de alrededor de 9700 materiales líticos provenientes de sitios arqueológicos ubicados en posición superficial en las hoyadas de deflación intermedanasas de Punta Negra (partido de Necochea). A partir del análisis de estos artefactos observaron una alta frecuencia del empleo de la técnica de talla bipolar y, en menor proporción, de retoque bipolar no solo para la reducción de rodados costeros, sino también para la cuarcita.

Más tarde, Díaz de Chiri (1977) relevó varios sitios arqueológicos detectados en Punta Negra, Cueva del Tigre, Ea. Los Médanos, laguna Tupungato y Chacra Juárez (partido de Necochea), Ea. La Pandorga y laguna La Salada (partido de San Cayetano). Realizó un análisis tecno-tipológico de los materiales líticos hallados en sitios superficiales ubicados en las dunas de Cueva del Tigre. De acuerdo a la morfología y las técnicas de manufactura de los artefactos, a las diferencias en el desarrollo de pátina, a la presencia de artefactos retomados y a la posición topológica de los sitios, dividió las ocupaciones de este sector en dos "grupos culturales" característicos de períodos cronológicos particulares. El primero, asignado al postglacial medio con una edad de 5.000 a.C. y correlacionable con la "industria Puntarrubiense" de Bórmida (1964, 1969). El segundo, más tardío con una cronología

estimada en el 1.500 a.C. y asignado a la "industria Sanmatiense" de este autor. Esta autora también menciona las similitudes de los sitios Chacra Juárez y Punta Negra con los materiales descriptos por Bórmida (s/f) para el "Blancagrandense". En este trabajo se observa en forma clara como se siguieron utilizando las industrias derivadas de los esquemas previos de Menghín y Bórmida para representar a los grupos culturales del litoral.

Con posterioridad, Orquera (1981) en un trabajo sobre el estado de las investigaciones arqueológicas a inicios de la década de 1980, asignó los artefactos de los alrededores de la costa atlántica de Claromecó a la "industria Blancagrandense" (Bórmida s/f). Este investigador sostuvo, asimismo, que el "Malacarense" (Menghín 1957) constituiría una "facie lateral" del "Blancagrandense" definido para la Pampa Húmeda.

Otros autores desarrollaron trabajos en la zona litoral en los cuales efectuaron descripciones de los materiales líticos recuperados en los sitios arqueológicos acompañadas por adscripciones a las entidades caracterizadas por Bórmida (1962, 1964, 1969) y Austral (1965, 1968). Mesa y Conlazo (Conlazo 1983, Mesa y Conlazo 1982) prospectaron la costa desde el arroyo Claromecó (partido de Tres Arroyos) hasta el Balneario Pehuen-Có (partido de Cnel. de Marina Rosales), en donde realizaron un análisis cuantitativo preliminar de más de 10200 artefactos líticos recuperados en sitios de superficie. A su vez, señalaron las similitudes de los materiales con los contextos identificados en las "industrias Puntarrubiense, Jabaliense y Palomarense".

Loponte y Acosta (Loponte 1987, Loponte y Acosta 1986) recorrieron los alrededores de Costa Bonita y Playa Verde (partido de Lobería) y de Cueva del Tigre (partido de Necochea), donde efectuaron un estudio tecno-tipológico de alrededor de 4800 artefactos líticos provenientes de conjuntos superficiales. En estas investigaciones plantearon que los contextos artefactuales de algunos de los sitios arqueológicos relevados podrían pertenecer a *"grupos mariscadores que explotaron los recursos costeros antes de la paraneolitización de la pampa bonaerense"* (Loponte y Acosta 1986: 29). Mientras que parte de los conjuntos indicaría la existencia de "grupos de hábitat marítimo", para otros se discutía la posibilidad de una asociación con los cazadores-recolectores del interior. Basados en las proporciones de rocas costeras, la frecuencia de productos obtenidos por medio de la técnica bipolar y de los grupos tipológicos de los instrumentos, establecieron relaciones con las "industrias Puntarrubiense y Jabaliense" de la costa norpatagónica (Bórmida 1964), con el "Malacarense y el Palomarense" de Austral (1968). Posteriormente, Acosta y colaboradores (1988) realizaron una serie de comparaciones tecnológicas entre los artefactos líticos de los sitios

Laguna Doumecq 1 y 2, ubicados detrás de la línea de médanos, y los recuperados en los sitios costeros Cueva del Tigre 3 y 7.

A mediados de la década de 1980, Politis (1984a) adoptando métodos y conceptos derivados del enfoque ecológico-sistémico, realizó una síntesis sobre la arqueología pampeana focalizando su interés en el registro de varios sitios del Area Interserrana. Propuso un modelo adaptativo regional para los grupos cazadores-recolectores prehispánicos, haciendo hincapié en los sistemas de subsistencia y asentamiento. Politis cuestionó la existencia de las principales entidades industriales diferenciadas previamente sobre todo por Menghín y Bórmida. Definió a partir de unidades de análisis histórico culturales norteamericanas una secuencia arqueológica básica para el área y la existencia de la "Tradicción Interserrana". Esta tradición estaba caracterizada por la continuidad temporal en la morfología de los materiales líticos manufacturados, principalmente, en cuarcita mediante talla unifacial, en la elaboración de instrumentos planoconvexos (raeders doble convergentes y raspadores frontales cortos), así como en la explotación del guanaco como recurso principal y del venado, el ñandú y los armadillos como recursos complementarios u ocasionales.

Retomando las ideas de Holmes (1912) y de Aparicio (1932), Politis (1984) remarcó la vinculación entre los sitios superficiales de la costa con los contextos de las llanuras y remarcó la imposibilidad de su estudio en forma aislada. Además, Politis asignó los conjuntos artefactuales de los sitios del litoral marítimo a la "Fase Zanjón Seco", que implicaba una división de corte temporal basada en las diferencias observadas dentro de la "Tradicción Interserrana". Sostuvo que, dada la presencia ocasional de alfarería y de puntas de proyectil apedunculadas pequeñas, los sitios costeros representarían la ocupación de sociedades cazadoras-recolectoras del interior que durante el Holoceno tardío explotaron los rodados costeros y los lobos marinos.

En la actualidad, Bayón y Politis (Bayón y Politis 1996, 1998; Politis y Bayón 1995) se encuentran investigando los sitios en posición estratigráfica La Olla 1 y 2 y Monte Hermoso I (partido de Coronel Dorrego). Estos sitios están ubicados sobre la presente línea de costa, aflorando de forma discontinua en la zona intermareal, en sedimentos lagunares asignados al Holoceno medio inicial. Estos depósitos han producido un registro novedoso por la excelente preservación de elementos óseos de mamíferos marinos, restos macroscópicos vegetales como hojas y ramas –se ha identificado un fragmento de chañar (*Geoffrea decorticans*)–, instrumentos de madera y hueso, pisadas humanas, además de artefactos líticos. En la Olla 1 fue recuperado un instrumento óseo expeditivo elaborado en una tibia de

Arctocephalus australis, cuya función fue asociada con el desmembramiento de las carcasas y el trabajo de cueros (Johnson *et al.* 2000). Las diferentes líneas de evidencia analizadas sugieren que en La Olla 1 y 2 se habrían desarrollado actividades de procesamiento secundario y consumo de lobos marinos (*Arctocephalus* y *Otaria*). En el sector 1 del sitio Monte Hermoso I, fueron relevadas 472 pisadas humanas, 35 huellas de ave y 2 de artiodáctilo. Este contexto fue interpretado como un sector periférico a un campamento, de tránsito deambulatorio de grupos de niños, jóvenes y mujeres. Las dataciones radiocarbónicas obtenidas en La Olla 1 y 2 y en Monte Hermoso I arrojaron fechas bastante acotadas que van entre 6.600 y 7.300 años A.P. La información generada hasta el momento indica la relación directa entre los tres sitios, representando distintos eventos de ocupación de un mismo sistema social, en los bordes de una paleolaguna salobre de interduna (Bayón y Politis 1996, 1998; Politis *et al.* 1994).

Recientemente, Bayón y Zavala (1997) han estudiado los sitios costeros en posición superficial y estratigráfica, ubicados entre Farola Monte Hermoso y el balneario Pehuen-Có. Estos autores interpretaron el sector bajo estudio como un área de aprovisionamiento de rocas, vinculando los sitios relevados con la abundante disponibilidad de rodados metacuarcíticos fluviales (Bayón y Zabala 1997). Asimismo, Loponte *et al.* (1994-1995) están realizando el estudio faunístico del sitio Celeste 53, excavado por el Sr. S. Lorenzini en el curso inferior del arroyo Corrientes (partido de Gral. Pueyrredón), donde fueron recuperados artefactos confeccionados por medio de la técnica bipolar asociados a restos de lobos marinos (Loponte, *et al.* 1994-1995; Lorenzini s/f). Por otro lado, Mazzanti (1995-1996) prospectó y realizó una serie de sondeos estratigráficos en el sector de lomadas adyacentes a las barrancas marinas de Chapadmalal (partido de Gral. Pueyrredón).

II.6-CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha visto durante el desarrollo de este capítulo, varios autores remarcaron la alta frecuencia de rodados costeros tallados mediante la técnica bipolar en los sitios del litoral bonaerense, resaltando la diferencia con los del interior con abundancia de ortocuarcita del Grupo Sierras Bayas tallada por percusión directa. Por un lado, la variación espacial de las materias primas y las técnicas asociadas llevó a plantear que las sociedades que ocuparon la costa atlántica fueron distintas a las de las llanuras. Sumado a esto, las particularidades morfológicas de "tipos" diagnósticos de instrumentos líticos (p. ej. "hachitacuña") y de asociaciones recurrentes de artefactos han sido empleadas como evidencia cultural para

establecer la existencia de grupos costeros (Ameghino 1910 a; Bórmida 1964; Conlazo 1983; Menghín 1957, entre otros).

Para organizar la distribución de los conjuntos artefactuales se definieron distintas industrias propias de la costa: "piedra hendida", "Puntarrubiense", "Jabaliense", etc. La analogía directa entre artefactos y grupos humanos singulares se tradujo en algunos casos en la utilización de los nombres de las industrias como sinónimo de las personas portadoras de las mismas (Austral 1965; Bórmida 1964, 1969; Menghín 1957, 1963). Igualmente, las diferencias ambientales y las económicas como la explotación de moluscos marinos y pinnípedos, así como la presencia de una tecnología desarrollada para la pesca, han sido empleadas para separar a los modos de vida de los grupos costeros adaptados al litoral marítimo de los cazadores del interior.

Por otro lado, la asociación entre las materias primas líticas procedentes de las sierras y del litoral, fue utilizada para inferir que la costa fue habitada por los cazadores-recolectores del interior. Se sostuvo que las diferencias corresponden a la disponibilidad diferencial de los rodados costeros y de la cuarcita en los distintos ambientes (de Aparicio 1932; Holmes 1912; Hrdlicka 1912; Outes 1909; Politis 1984 a). Esta misma evidencia ha sido empleada para proponer la existencia de una "industria mixta", la "cultura Palomarense" (Austral 1965). Por último, en las secciones anteriores se observó como las categorías aplicadas para describir y clasificar el registro arqueológico de la costa fueron variando con el tiempo. Desde distintas perspectivas, los investigadores definieron industrias, tradiciones, fases, culturas, etnias, razas, tribus, pueblos, así como unidades de la prehistoria europea como paleolítico, epipaleolítico, neolítico para organizar los contextos costeros (véase la utilización de estas y otras categorías a lo largo del desarrollo de la arqueología pampeana en Politis y Madrid 2001).

En el análisis de los antecedentes pueden distinguirse una notable falta de continuidad en los trabajos arqueológicos en la costa bonaerense. Entre las variables que influyeron en este desarrollo (y en el presente trabajo), la escasez de sitios en estratigrafía es una de las causas principales. El hecho de que la mayoría de los sitios sean superficiales dificulta el acceso a un marco de referencia claro para establecer asociaciones contextuales y cronológicas. Esto produjo por un lado un elevado grado de especulación en las estimaciones de las edades de los materiales. Y por otro, dificultó la interpretación sobre qué otro tipo de actividades, además de la manufactura, el uso y el descarte de artefactos líticos, pudieron ser desarrolladas en los sitios costeros. Otro factor a considerar es la gran cantidad de objetos que han sido recuperados durante las investigaciones, así como el alto grado de depredación que

sufrieron y sufren estos conjuntos por parte de los aficionados. En consecuencia, la falta de sitios en estratigrafía y la ausencia de excavaciones sistemáticas diferencia el desarrollo de las investigaciones en el litoral marítimo de la evolución de la arqueología en las llanuras y sierras de la Región Pampeana.